

## MASIFICACION E INDUSTRIALIZACION EN LA EPOCA ACTUAL.

Las características peculiares del mundo en que vivimos son objeto de múltiples análisis y meditaciones, donde se pretende aprehender, desde distintos ángulos y puntos de vista, los supuestos esenciales de nuestra época. Las relaciones internacionales y los sistemas de poder, la psicología de los individuos y las manifestaciones de vida colectiva, el desarrollo de la técnica y las nuevas perspectivas de la economía, la quiebra de principios tradicionales y la aparición de nuevas concepciones totalmente revolucionarias, el aumento progresivo de los niveles de vida y la agudización del sentimiento de angustia y soledad del individuo, son objeto de constante reflexión en libros, artículos y conferencias. Pero tal vez sea la cultura occidental y los problemas que plantea a la Filosofía de la Historia, la que más horas de estudio y pensamiento ha exigido de los hombres que intentan comprender, en toda su complicada trama y estructura, la significación de la sociedad actual.

No es tarea fácil establecer los caracteres determinantes de esta «época actual», si bien podemos advertir, sin gran esfuerzo, que se trata de una época terriblemente dinámica, acuciada por la prisa, en la que el descubrimiento más revolucionario puede convertirse en noticia de segundo orden a las pocas horas y ser desbordado por la aparición de otras doctrinas que lo invalidan.

Por otra parte, la época actual o industrial, en su extraordinaria exuberancia de formas y cambios y en su riqueza de progresos y descubrimientos, junto a una crisis de valores y creencias tradicionales —que producen en el hombre contemporáneo una situación de inestabilidad— presenta una realidad ecuménica, a diferencia de lo que pudo ocurrir en cualquier otro momento de la Historia. Y ello no es una circunstancia baladí, sino que puede representar un cambio fundamental en la vida del hombre y el alborear de una nueva etapa de civilización, como pretende Alfred Weber.

Sobre este punto volveremos más adelante, y ahora veremos brevemente algunas notas definidoras de nuestro momento histórico, como son la masificación y la industrialización, que nos pueden ayudar, de forma esencial, en la comprensión de nuestra época.

## I. MASIFICACIÓN

Son muchas las veces que se ha dicho que nuestra sociedad es una «sociedad de masas». Esta es una característica esencial de nuestra época, pero con cierta frecuencia se utiliza esa expresión sin una conciencia clara de su significado exacto, arrojando sobre ella una nebulosa de definiciones poco claras. La sociedad de masas puede caracterizarse como un fenómeno cuantitativo, en el que se da una gran concentración de los grupos sociales, un crecimiento de la organización y un crecimiento demográfico, que producen una «masificación» en el sentido cuantitativo del término, pero eso no basta para definir a la sociedad de masas.

Tampoco es suficiente con referirse a las causas que han originado dicho tipo de sociedad. La sociedad de masas puede considerarse originada por cuatro «tecnologías» fundamentales, según sostiene Paul Meadows: el industrialismo, la Nación-Estado, la sociedad urbana y la comunicación y movimientos en masa (1). Pero ello nos vale de muy poco si sólo nos quedamos en la investigación de sus orígenes. Es preciso ver qué significan las masas de nuestros días, cuál es el hecho de la sociedad de masas, y, luego, se podrán establecer todas las conexiones que se quieran con otros factores y elementos de nuestra época.

Ortega, al tratar de mostrarnos la realidad de las masas, nos pinta el hecho de las aglomeraciones, «del lleno» (2). Esta apreciación «visual» de la masa puede desorientar al que quiera examinar nuestro tiempo, sino repara en un fenómeno mucho más profundo, que ya señalaba el propio Ortega. La nota esencial de la «masa» no es cuantitativa, sino cualitativa, y más trascendencia que las masas la tiene el «hombre-masa». «Masa —dice Ortega— es todo aquel que no se valora a sí mismo —en bien o en mal— por razones

(1) PAUL MEADOWS: *La Tecnología y el orden social*, México, 1956; pág. 73.

(2) «Tal vez la mejor manera de acercarse a este fenómeno histórico [el de la rebelión de las masas] —escribe ORTEGA— consista en referirnos a una experiencia visual, subrayando una función de nuestra época que es visible con los ojos de la cara.

»Sencilísimo de enunciar, aunque no de analizar, yo le denomino al hecho de la aglomeración, del "lleno". Las ciudades están llenas de gente. Las casas, llenas de inquilinos. Los hoteles, llenos de huéspedes. Los trenes, llenos de viajeros. Los cafés, llenos de consumidores. Los paseos, llenos de transeúntes. Las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos. Los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de espectadores. Los playas, llenas de bañistas. Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio.» (J. ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*. Revista de Occidente. Madrid, 1957, pág. 50.)

especiales, sino que se siente «como todo el mundo» y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás» (3). Este «sentirse idéntico a los demás» es esencial para la buena comprensión de la sociedad de masas de nuestros días. El hombre gris, vestido de gris, es una realidad inmediata que se ofrece a cualquier observador del cuerpo social. Parece como si al hombre contemporáneo le hubiera acometido una fiebre de uniformidad, de pasar inadvertido, de no salirse en absoluto de todas las reglas que el grupo impone. Es cierto que en cualquier época de la Historia el hombre tiende a moverse por unos patrones comunes, que pueden ser imitación de ciertos modelos, y ya Gabriel Tarde consideró a la imitación como uno de los fenómenos sociales esenciales, en sus dos formas de imitación del pasado (costumbre), e imitación de modelos nuevos (moda) (4). Imitación que suele dar lugar al sentimiento de rebaño (5). Pero esa característica se ha agudizado de un modo especial en nuestros días, quedando la «imitación» un tanto al margen para dar paso a una categoría sociológica que conviene mejor al hombre actual: la adaptación. Algunos autores, entre los que figuran Hans Freyer y René König, se preocupan muy esencialmente de esta dimensión de la sociedad de masas, pero antes de analizarla debemos hacer dos observaciones.

La primera, es que Ortega no se extendió todo lo debido en la caracterización de las masas. Su extraordinaria finura intelectual le hizo ver claro un hecho que predominaba en la sociedad de su tiempo: las masas, ignorantes de los supuestos históricos que hicieron posible el alto nivel de vida y bienestar de nuestros días, llegan a considerar este último como una cosa natural, no preocupándose más que de su propio bienestar y siendo, paradójicamente, insolidarias con las causas de ese bienestar. Por otra parte, las masas, al desconocer el fundamental papel desempeñado en toda sociedad por las minorías dirigentes, pretenden intervenir en todo, aunque no sepan de nada, y,

(3) J. ORTEGA Y GASSET: Op. cit., pág. 54.

(4) Véase GABRIEL TARDE: *Les lois de l'imitation*. Alcan. París, 180.

(5) R. M. MAC IVER y CH. H. PAGE: *Sociología*. Tecnos. Madrid, 1960; págs. 437 y siguientes.

El sentimiento de rebaño viene a consistir en un vínculo de tipo imitativo, que se revela en el ciego sometimiento de los hombres a las tradiciones, creencias y usos de un grupo, que son aceptados o rechazados porque todos los aceptan o porque divergen de las normas establecidas. Es así como se forman los estereotipos, las convenciones y los ídolos de los grupos. El sentimiento del rebaño conduce a los hombres a identificar las «mores» con la moral, y la conformidad con la solidaridad. Por eso cuando alguien se aparta de las opiniones generales, producto del sentimiento de rebaño, éste lanza el grito de que se está socavando el «orden social», «la moral», «la familia» o cualquier modo de vivir férreamente establecido en el grupo.

en su afán igualitario, no aciertan a distinguir entre «vida noble» y «vida vulgar», rebelándose contra todo lo que impida sus deseos (6). Pero Ortega, que había dibujado al hombre-masa como el que se encuentra a gusto sintiéndose idéntico a los demás, no analizó con la debida extensión la situación del hombre que no quiere salirse de unas pautas fijadas por la mayoría, quizá debido a su preocupación básica de hacer la contraposición masa-élite, vida noble - vida vulgar.

La segunda observación es ésta: Una gran mayoría de los autores que estudian la sociedad de masas lo hacen con un sentido pesimista, fijándose primordialmente en los aspectos negativos que presenta dicha sociedad. Pero, como apunta muy bien Fraga Iribarne (7), ese principio debe evitarse porque al lado de los problemas planteados por la masificación se encuentran una serie de nuevas posibilidades y notas positivas, y porque toda auténtica investigación de la realidad social —o de cualquier otro tipo de realidad— ha de hacerse prescindiendo de todo prejuicio. Además, en nuestros días, hay que afinar mucho los conceptos de masificación y masa, ya que no nos sirven los significados que tuvieron antaño, como luego veremos. Especialmente, ha de evitarse toda confusión entre las «masas» conformadoras de nuestra sociedad y las multitudes.

## 2. MASA Y MULTITUD

El empleo sinónimo de las palabras «masa» y «multitud» es muy frecuente en los estudios sociológicos y de psicología social, especialmente en el último caso, y es una consecuencia del gran auge que ha tenido la psicología de las multitudes desde Gustavo Le Bon. Pero el verdadero concepto de las masas que aquí nos interesan, tiene muy poco que ver con esas multitudes, con esas *foules*, como advierte Hans Freyer (8). Es más, en buena medida, el hombre-masa de hoy no es el más apropiado para constituir esas muchedumbres, que tanto han preocupado y preocupan a los psicólogos sociales.

La multitud, la muchedumbre, la *foule*, es el más inestable y transitorio de los grupos sociales (9). Por la manifestación de primitivismo que encierra, tiende a ser confundido con el llamado «sentimiento de rebaño», pero se dife-

(6) ORTEGA: Op. cit., págs. 99 y sigs.

(7) MANUEL FRAGA IRIBARNE: *La familia y la educación en una sociedad de masas y máquinas*. Madrid, 1960; pág. 94.

(8) H. FREYER: *Teoría de la época actual*, págs. 233 y sigs.

(9) Véase R. M. MAC IVER y CH. H. PAGE: Op. cit., págs. 441 y sigs.

renencia de él, entre otras cosas, por su efímera duración y por el carácter acusadamente desorganizado que supone. En realidad, la muchedumbre no es más que una agrupación desorganizada que surge y desaparece espontáneamente dentro de un grupo social. La multitud no constituye nunca una forma de vivir y ello es más que suficiente para probar su profunda diferencia con las masas organizadas de nuestros días, lo cual no quiere decir que hoy no se den comportamientos multitudinarios. Ahora, y en cualquier momento de la Historia, las multitudes son siempre una realidad indiscutible, y no es fácil determinar los móviles que llevan a los hombres a adoptar dicho comportamiento.

Le Bon partía del principio de que en todas las multitudes se produce una especie de conciencia colectiva que suplanta a las conciencias individuales: la ley de la unidad mental de las multitudes (10). Esta tesis de Le Bon implica la pérdida de la individualidad dentro de la multitud, la inmersión del individuo en el grupo, que hace más fácil el proceso de sugestión al desaparecer las diferencias entre los individuos y encontrarse todos en un mismo plano. Esta idea del «espíritu colectivo», de la «conciencia colectiva», se encuentra en otros numerosos autores, como en el caso de McDougall, y, a pesar de su débil solidez y consistencia científica, continúa teniendo gran aceptación, circunstancia que es debida, en parte, a la influencia ejercida por la filosofía de Hegel y su famosa tesis del «Volksgeist».

En otra dirección encontramos las teorías que ven en el comportamiento de la multitud una expansión de las tendencias que la sociedad ha reprimido en el individuo. Es la tesis de Freud y de los neofreudianos: la sociedad obliga al individuo a reprimir una serie de tendencias y deseos, ocasionando una «censura» del individuo. Esta «censura» se anula en la multitud, que se convierte de este modo, en el medio adecuado para la expresión de una serie

---

(10) «Au sens ordinaire —escribe LE BON—, le mot foule représente une réunion d'individus quelconques, quels que soient leur nationalité, leur profession ou leur sexe, quels que soient aussi les hasards que les rassemblent.

»Au point de vue psychologique, l'expression *foule* prend une signification tout autre. Dans certaines circonstances donnés, et seulement dans ces circonstances, une agglomération d'hommes possède des caractères nouveaux fort différents de ceux de chaque individu qui la compose. La personnalité consciente s'évanouit, les sentiments et les idées de toutes les unités sont orientés dans une même direction. Il se forme une âme collective, transitoire sans doute, mais présentant des caractères très nets. La collectivité devient alors ce que, faute d'une expression meilleure, j'appellerai une foule organisée, ou, si l'on préfère, une foule psychologique. Elle forme un seul être et se trouve soumise à la loi de l'unité mentale des foules.» (GUSTAVE LE BON: *Psicologie des foules*. Presses Universitaires. París, 1947; pág. 19.)

de inclinaciones y deseos del individuo que la sociedad reprimiría si dicho individuo se encontrara aislado (11).

Tanto las teorías del espíritu colectivo como las freudianas, han sido rechazadas por la Sociología y la Psicología social contemporánea, puesto que no es posible explicar ciertos comportamientos del individuo si no se tienen en cuenta los supuestos culturales y sociales del grupo a que pertenece. William Ogburn y Meyer Nimkoff, consideran que para el examen del comportamiento de la multitud es preciso analizar no sólo el individuo, sino un conjunto de varios factores: la naturaleza humana, el grupo y la cultura (12). Estos factores se interrelacionan mutuamente y dan lugar al comportamiento efectivo del individuo dentro de la multitud. La multitud por sí sola no puede impulsar a nadie a las acciones que no cuenten con un apoyo favorable en las actitudes y hábitos del individuo. Tendría aquí razón Freud para decir que, efectivamente, esa multitud es el cauce normal para la manifestación transitoria de los impulsos reprimidos. Pero es preciso señalar, a su vez, que dichas manifestaciones requieren, para producirse, unas determinadas circunstancias sociales.

Ello es fácil de comprobar en el fenómeno de los pánicos colectivos. En el año 1938 —por referirnos a un hecho muy conocido— varios millares de norteamericanos se sintieron llenos de pánico ante un programa radiofónico que relataba la invasión de unos marcianos (13). La verdad es que se trataba de una emisión basada en la novela de Wells, *La guerra de los mundos*, pero el pánico producido alcanzó tal magnitud que muchos individuos continuaban sobresaltados y se negaban a reconocer las explicaciones de algunos vecinos que les indicaban el carácter imaginario y fantástico de la narración. Este acontecimiento requería, para producirse, una serie de circunstancias sociales. Es muy probable que el ambiente de inquietud bélica, o prebélica, que se respiraba, predispusiera a ese u otro estado de pánico parecido. Lo mismo que la ansiedad de una época que acababa de verse libre de angustias económicas, tras la gran depresión del año 1929, también podía ser influyente, como han señalado algunos autores. Pero lo más probable es que dicho pánico no se hubiera producido si no existieran una serie de informaciones sobre la posibilidad de viajes interplanetarios y el hecho del extraordinario progreso de los avances técnicos. En la Edad Media nadie hubiese creído tal noticia, pero,

(11) Véase E. D. MARTIN: *The Behavior of Crowds*. Nueva York, 1929.

(12) W. F. OGBURN y M. F. NIMKOFF: *Sociología*. Aguilar, 1955; págs. 155 y sigs.

(13) Véase H. CANTRIL, H. GAUDET y H. HERITZOG: *The Invasion from Mars*. Princeton. Princeton University Press, 1940. (Traducción española, Revista de Occidente, Madrid, 1943.)

en cambio, entonces era frecuente el miedo a las brujas, y llegaban a producirse algunos pánicos colectivos, como el del temor a la picadura mortal de la tarántula, que hoy no se darían.

Todo ello nos muestra el condicionamiento social del modo de proceder de la multitud, en el que no vamos a detenernos más, ya que la finalidad aquí perseguida no es un estudio psicológico de la multitud, sino de la sociedad de masas (14). Únicamente debemos resaltar el carácter desorganizado y transitorio de la multitud frente a las masas organizadas y constantes de nuestra sociedad. En la sociedad de masas de nuestros días se producen muchas y muy frecuentes manifestaciones multitudinarias: recibimientos a «estrellas» de cine, homenajes a ciertos deportistas, manifestaciones políticas, campañas pacifistas, etc., pero ello no significa que la masificación se expresa fundamentalmente en forma de muchedumbre. Por el contrario, lo peculiar de nuestra época es que el hombre actúa como masa incluso en sus actos más personales y cuando está aislado de los demás. Por otra parte, la sociedad de nuestros días está organizada sobre la base de que los individuos se comporten de un determinado modo y, para conseguirlo, se utilizan todos los recursos que ofrecen las técnicas sociales del control de masas y de dirección de la opinión pública. Es, pues, una sociedad conformada en parte por las *mass communications*.

### 3. LA SOCIEDAD DE MASAS, SUS IMPLICACIONES Y VALORACIÓN

Hans Freyer analiza las circunstancias anteriores y, partiendo de la enajenación del hombre como explicación de la masa, nos dirá que ésta viene determinada por la completa adaptación del hombre actual a la civilización. «Masa —dice Freyer— es el hombre adaptado hasta la médula, de la cabeza a los pies, al sistema de la civilización» (15).

Las masas de nuestros días se caracterizan por su organización perfecta, donde todo está previsto y donde al individuo se le coartan la mayor parte de sus posibilidades de elección, al darle de antemano solucionados todos los problemas. Un conjunto de instituciones y de ordenamientos regula y ampara

(14) Sobre este tema, aparte de la bibliografía citada anteriormente, pueden verse: R. LA PIERE: *Collective Behavior*, Nueva York, 1938; HERBERT BLUMER: *Collective Behavior: An of the principles of Sociology*, parte IV, E. R. E. Park, Nueva York, 1939; K. YOUNG: *Social Psychology*, Nueva York, 1944; H. CANTRIL: *The Psychology of Social Movements*, Nueva York, 1941; G. W. ALPORT y L. POSTMAN: *The Psychology of Rumor*, Nueva York, 1947.

(15) HANS FREYER: *Teoría de la época actual*. B. F. C. E. Méjico, 1958; pág. 238.

al individuo desde la cuna a la tumba. El individuo cuenta con la seguridad social para ampararle en cualquier anormalidad grave que surja y la normalidad está normalmente normativizada. El individuo no ha de preocuparse más que de seguir en todo los planes trazados de antemano por la sociedad. Está regulado su horario de trabajo, sus comidas, su sueño, sus diversiones, sus vacaciones, sus días felices. Todo cae bajo la órbita de la organización. Si quiere adquirir algo, la sociedad tiene previsto lo que ha de adquirir. Desde las neveras a las películas y desde los trajes de baño a las excursiones del domingo, la sociedad le ofrece una serie de soluciones *standard*. Nada más fácil que seguir esos *standards*. El individuo que se adapta a ellos vivirá feliz y despreocupado, sin contrariedades. Si se agotan los puestos de trabajo, el seguro de paro le resolverá la situación; si ocurre la muerte del cabeza de familia, la Seguridad social velará por la viuda y por los huérfanos; si sobreviene una larga enfermedad, la Seguridad social le tiene asignados una lista de galenos y hospitales. Todo marcha sobre ruedas si el individuo acepta los cauces de la civilización. ¡Y qué fácil resulta la aceptación! Además, la lógica del número se torna infalible: «Puesto que la mayoría hace tal cosa, yo debo seguir a la mayoría» —proclama a cada paso el hombre-masa—. Ello implica la extensión de un tipo de hombre muy homogéneo, que se siente feliz al saberse igual a los demás, como decía Ortega. Pero esta extensión del hombre-masa es posible gracias al alto grado de industrialización alcanzado por nuestra época y a la urbanización. La industrialización ha hecho posible la producción en serie, capaz de satisfacer la demanda común de un gran número de consumidores, asentados fundamentalmente en ciudades que, a su vez, posibilitan dicha producción. Es decir, masificación, industrialización y urbanización se complementan y, por ello, tiene plena razón René König cuando afirma que la masificación es un proceso ligado a unos supuestos económicos, sociales e históricos plenamente determinados (16). En las páginas que siguen se trazará un breve esbozo de esa industrialización para ver su implicación en la época actual, pero, antes, conviene decir dos palabras más sobre la masificación.

Ya en una observación anterior manifesté mi disconformidad con las valoraciones absolutamente negativas de la sociedad de masas. Dentro de ella, indudablemente, el individuo es privado de una gran parte de su libertad, ya sea de una forma directa o indirecta, y toma parte poco intensa en la tarea de hacer su vida. En gran medida, como dice Freyer, *le viven su vida*.

En otro sentido, el hombre-masa suele equivocarse al determinar su escala de valores y no acierta a comprender los verdaderos supuestos de su propia

---

(16) RENÉ KÖNIG: *La Sociología y la Sociedad actual*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1960; pág. 156.

existencia, a la que tiende a trivializar. Pero no es menos cierto que la sociedad de masas es la única capaz de producir confortables niveles de vida, donde la organización puede conseguir un tipo de vida planificado que garantice, muchas veces, la supervivencia de miles de individuos y, muchas otras, la justicia. Puede que sea una sociedad *menos libre* que otras, pero suele ser una sociedad *más justa*. Y sería cuestión de discutir cuál de las dos cosas es preferible.

Tampoco quiero dejar de señalar aquí otro hecho: El hombre-masa, plenamente adaptado a la civilización, puede representar un individuo con poco *élan* vital. Pero, sociológicamente hablando, es un individuo mucho menos pernicioso que algunos desadaptados que quieren crearse sus propias normas de acción. Todo el problema del gamberrismo y de la juventud delincuente debería considerarse aquí, y ser objeto de meditación cuidadosa, al referirnos a la adaptación social.

Así, pues, debemos enfrentarnos con la sociedad de masas y ver qué defectos fundamentales se deben corregir, para lograr una vida humana más plena, pero sin olvidarnos de las grandes posibilidades y virtudes que encierra, de lo contrario, nuestro esfuerzo en estudiarla sería de poca utilidad.

#### 4. INDUSTRIALIZACIÓN, TÉCNICA Y CULTURA

Con toda probabilidad, la nota que conviene mejor a nuestra sociedad es la de industrialización. Esta viene determinada por la aplicación en masa, en todos los rincones del globo, de los adelantos técnicos y científicos que ha conseguido la cultura occidental. Este último punto interesa señalarlo especialmente: la industrialización es un producto de la historia de Occidente, y durante muchos años se estuvieron poniendo los cimientos de todo el edificio tecnológico e industrial que logró su expresión máxima en los siglos XIX y XX. La industrialización, como fenómeno de radical importancia, es moderna, pero sus orígenes hay que buscarlos en los primeros adelantos técnicos que el hombre utilizó: la vela, el arco, el plano inclinado, el arado y otra serie de instrumentos, iniciaron el camino del progreso técnico que conduciría a nuestros días.

Ahora bien: hacia el año 1000, según cree Mumford, se inició una etapa diferente en la Humanidad, caracterizada por la aparición progresiva de inventos y aparatos técnicos que cambiaron la faz de la Historia (17). A partir

(17) Véase el libro de LEWIS MUMFORD: *Técnica y civilización*. Emecé. Buenos Aires, 1945; 2 tomos. MUMFORD estudia con una rigurosa precisión cada etapa de la

de este momento, las máquinas y los inventos serán cada vez más numerosos y más perfectos y, por eso, Mumford llama a esta época «eotécnica», o aurora de la técnica moderna. El agua, la madera y el viento, constituyen las inmediatas fuentes de energía; el vidrio hace posible una serie de aplicaciones —desde los telescopios al cultivo intensivo en invernaderos—; los relojes mecánicos permitirán un cómputo exacto y preciso del tiempo; las invenciones de la lanzadera y de la prensa rotativa, facilitarán una serie de tareas. Pero lo fundamental en todo este progreso es que responde a un complejo cultural perfectamente trabado y coherente, y, prueba de ello es comprobar cómo se puede colocar una serie de invenciones sociales al lado de las mecánicas, labor que ha realizado el propio Mumford (18). De este modo, comprobaremos cómo la sociedad de la era *eotécnica* «inventa» también la universidad, la academia científica, el laboratorio o la fábrica. Se trata de un proceso cultural, donde los diversos elementos se influyen y suponen mutuamente. El arte y la técnica, la filosofía y la ciencia, la política y la milicia, parten de unos supuestos comunes y se inspiran en paralelos principios culturales. El mismo Leonardo, que pinta la Gioconda, diseña una máquina para volar o esboza el primer paracaídas.

A la etapa eotécnica sucede la «paleotécnica», y a ésta la «neotécnica». La paleotécnica coincide con la llamada revolución industrial, que algunos consideran como la clave de toda nuestra actual civilización técnica y como la única que debe llevar ese nombre. Son muchos los libros donde se utiliza la expresión «revolución industrial» para designar la época que se inicia con la invención de la máquina de vapor y del telar mecánico, y ha sido especialmente puesta de moda por los economistas (19). Es bastante explicable que la Era que utilizó el carbón y el hierro como fuentes básicas de energía, que aplicó una serie de inventos, todos ellos muy cercanos en el tiempo, y que empleó a un gran número de trabajadores —sobre todo si se los compara con los que trabajaban en los pequeños talleres artesanos— fuese considerada como el arranque de todo el industrialismo moderno. Si a ello unimos que la doctrina del progreso era la teoría predominante y típica de esos tiempos, tenemos un buen haz de razones que justifiquen dicho criterio.

---

técnica y de la civilización, exponiendo sus investigaciones en una forma amena y sugestiva, que hacen de la lectura de su obra un extraordinario placer intelectual.

(18) MUMFORD: *Técnica y civilización*. Tomo 1.º; págs. 258 y sigs.

(19) Véase T. S. ASHTON: *La revolución Industrial*. Breviarios Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1954. El primero que empleó la expresión fué ARNOLD TOYNBEE en su *Lectures on the Industrial Revolution in England*, 1884. Este libro ha sido reimpresso en 1956 con el título de *The Industrial Revolution* (The Beacon Press, Boston) y una introducción de ARNOLD J. TOYNBEE.

Ahora bien, desde una perspectiva más amplia, la revolución industrial, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, es un capítulo más del proceso de industrialización occidental. Es indudable que la máquina de vapor y la lanzadera volante, el telar mecánico y la lámpara incandescente, la prensa hidráulica y las leyes de la electrólisis, constituyen las bases de un impulso industrial fortísimo. Pero no fueron menos importantes el descubrimiento de la imprenta o del reloj mecánico, del torno o del péndulo, del telescopio o de la ley del movimiento, que habían tenido lugar antes de esa «revolución industrial».

La industrialización es, por tanto, un proceso milenario y constante de la historia de Occidente. Ahora bien: durante muchos años el proceso de industrialización es lento; los adelantos se van produciendo paso a paso y con gran distancia en el tiempo. Pero en el siglo XIX empieza una aceleración extraordinaria en el progreso, que actualmente se ha vuelto vertiginosa, produciéndose diariamente múltiples adelantos e innovaciones.

Hay, además, un hecho más importante aún que esa aceleración del progreso. La industrialización avanza intensivamente, pero también en extensión, hasta hacerse planetaria. En siglos anteriores, Europa era única en la industrialización, caracterizándose especialmente por este hecho frente a otras culturas. Llegado al siglo XX, la técnica, creada por Occidente, es asimilada por todos los países del mundo y, como consecuencia de ello, se produce una universalización de la cultura occidental. Porque no es sólo la técnica y los patrones industriales de Occidente lo que asimilan los pueblos que antes fueron ajenos al modo de vida europeo, sino que también se adaptan las fórmulas políticas y diplomáticas y, en muchas ocasiones, el estilo artístico. Ello ocasiona una situación de tal envergadura que nos obliga a meditar cuidadosamente sobre el valor y significado de la industrialización, factor fundamental en la creación de ese estado de cosas.

##### 5. LA INDUSTRIALIZACIÓN MUNDIAL, EL OCCIDENTE Y LA SOCIEDAD DE MASAS

La industrialización es un fenómeno que se produce en Europa en unas determinadas circunstancias que, a su vez, se debían a la historia europea. Todo el proceso de Occidente había estado «posibilitando» el despliegue técnico de la Era contemporánea, utilizando la terminología de Xavier Zubiri (20).

(20) Como es sabido, ZUBIRI, en su concepción histórica, considera que presente, pasado y futuro han de verse desde la «posibilidad». La Historia, en cuanto pasado, es

Y en ese pasado hay que incluir a los más varios factores, desde los de orden religioso hasta los físicos, como ha indicado Díez del Corral». La ética individual y la guerrera —dice—, el lujo y el ascetismo, la sed de aventuras y el oro americano, el cálculo financiero y el gusto por el riesgo, el Estado y el empresario individual, la ciencia y el impulso de poder, colaboran estrechamente para producir el capitalismo europeo benéfico y propulsor de la ingente superioridad técnica del mundo europeo que a finales del siglo pasado poseía una superioridad indiscutible, individualísima y asegurada, sobre los otros pueblos del planeta» (21).

Esa técnica occidental, que respondía a una forma de vida que el hombre empezó a usar en los tiempos de la Grecia clásica, se ha objetivado de tal forma que es posible arrancarla del suelo cultural europeo y aplicarla, con óptimos frutos, en otros países y ámbitos culturales (22). Verificado el transplante y la subsiguiente adaptación de los hombres de esas culturas diferentes al estilo técnico europeo, se ha producido el hecho de la industrialización mundial, en algunos países todavía en estado incipiente, pero que avanza cada día en grandes proporciones. Es así cómo una creación del Occidente se ha convertido en una nota esencial de la sociedad mundial de nuestra época. La técnica europea y la economía resultante han logrado la planetización que nunca se había conseguido en intentos políticos anteriores. La economía mundial se adelanta a la política, como dice Freyer (23), en la conquista del espacio, porque aprendió a contar con lejanías muy distintas de las previstas y preformadas en la historia política. La necesidad de encontrar materias primas,

---

la posibilidad de la existencia presente, que, a su vez, está posibilitando el futuro. «El presente —dice ZUBIRI— no se halla constituido tan sólo por lo que el hombre hace ni por las potencias que tiene, sino también, por las posibilidades con que cuenta. Desde esta última dimensión cobra figura más precisa la índole del *pasado* histórico... El pasado no pervive bajo la forma de realidad subyacente. En cuanto realidad, el pasado se pierde inexorablemente. Pero no se reduce a la nada. El pasado se desrealiza y el precipitado de este fenómeno es la posibilidad que nos otorga. Pasar no significa dejar de ser, sino dejar de ser realidad, para dejar sobrevivir las posibilidades cuyo conjunto define la nueva situación real. En el siglo XV ya no había feudalismo; pero los hombres de entonces fueron otra cosa, gracias a las posibilidades que le otorgó el haber sido antes feudales... El pasado sobrevive bajo forma del estar posibilitando el presente, bajo forma de posibilidad. El pasado, pues, se conserva y se pierde.»

XAVIER ZUBIRI: «El acontecer humano: Grecia y la pervivencia del pasado filosófico», en *Naturaleza, Historia, Dios*. Editora Nacional. Madrid, 1959; pág. 297.

(21) L. Díez del Corral: *El rapto de Europa*. Revista de Occidente. Madrid, 1954; página 308.

(22) L. Díez del Corral: Op. cit., pág. 310.

(23) HANS FREYER: *Teoría de la época actual*. Pág. 73.

primero, y mercados, después, para el proceso industrial, y la urgencia de organizar ventas en masa para mercancías en masa, obliga a la planificación de grandes territorios.

De este modo, industrialización y sociedad de masas se van implicando cada vez más. La industrialización influye sobre los hábitos y aspiraciones del individuo y crea un ansia creciente de bienestar que pasa de los individuos al Estado. De ahí que en la configuración de la sociedad industrial juegue un papel decisivo el concepto de «Welfare State», o estado de bienestar (24). Esta preocupación por el bienestar y el nivel de vida va subordinando una serie de valores tradicionales al valor económico, y el capitalismo industrial, con todas las técnicas de la propaganda, va configurando un predominante *homo oeconomicus*, al que suministrará todos los productos que, gracias a la técnica, produce en masa, en ingentes y masivas concentraciones industriales. Estas grandes concentraciones exigen el empleo de un gran número de trabajadores, lo que da origen al estrato social masivo del proletariado industrial.

Pero la industrialización no sólo va configurando una sociedad de masas en el empleo de grandes cantidades de trabajadores. La perfección constante de las máquinas va eliminando una serie de trabajadores cualificados y el trabajo de los hombres se va haciendo más sencillo, según preconizaba Taylor. Es verdad que el progreso técnico requerirá luego unos trabajadores especializados para producir las máquinas complicadas del sistema industrial, pero, de todos modos, una gran cantidad de trabajadores se ven realizando funciones semejantes, lo que da lugar a una «masificación» en el trabajo.

Con ello tocamos otro punto que no ha de olvidarse al hablar de este tema. Los trabajadores de la sociedad industrial constituyen masas por la homogeneidad de las funciones que desempeñan, pero, también, porque residen todos en lugares que ofrecen caracteres comunes. La vida del hombre moderno se centra en las ciudades y en ellas se dan unos patrones de conducta determinados que influyen en todos y cada uno de los individuos. La ciudad conforma un tipo de hombre más homogéneo que el campo y despierta en él un conjunto de deseos cuasi colectivos, que borran, en gran medida, la singularidad de cada uno. Es así como masificación, industrialización y urbanización se van implicando e influyendo mutuamente.

---

(24) HANS FREYER: *La época industrial*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1961; página 13.

## 6. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y LA SATISFACCIÓN DE LAS NECESIDADES HUMANAS

Así, pues, la industrialización planetaria de nuestros días, producto de la técnica objetivada de la cultura occidental, determina un tipo de vida distinto de los ensayados por el hombre anteriormente. La sociedad humana ha llegado a extremos jamás igualados, respecto de la división del trabajo, y realiza esfuerzos gigantescos de organización para poder orientar la vida diaria.

La planificación y la racionalización se convierten en categorías esenciales de nuestra época y hay toda una complicada gama de técnicas que sirven a esa finalidad. En ese sentido, la sociedad de masas, con su conjunto de individuos férreamente adaptados al sistema de vida industrial, ofrece inmejorables condiciones para que la *élite* gobernante pueda planificar con facilidad los caminos a seguir. Pero ésta es otra dimensión de nuestra época que exige tratamiento aparte.

Aquí debemos señalar que la industrialización satisface, en alto grado, las necesidades más frecuentes de la sociedad de masas. Satisfacción que es posible gracias al progreso técnico, como decíamos anteriormente. Pero esto nos lleva a otro problema esencial que es preciso afrontar en toda su dificultad.

Por un lado, la técnica es una creación humana para satisfacer determinadas necesidades y exigencias del individuo. Es algo que el hombre, y sólo el hombre, edifica con sus facultades, para poder realizar una serie de deseos y aspiraciones que, de otro modo, quedarían insatisfechos. Ahora bien, esas necesidades y exigencias que el hombre siente con tanta premura son necesidades que, en gran parte, él mismo se crea. Ortega, en su *Meditación de la Técnica* (25), ha mostrado cómo las necesidades que el hombre trata de satisfacer con la técnica, son las que él considera básicas para una existencia de *bienestar*, pero no las más imprescindibles para su vida. Por el contrario, una parte muy grande de la creación técnica está destinada a dar gusto a deseos superfluos, sin los que el individuo, biológicamente, podría pasarse muy bien. Pero esto es ya otra cuestión. El hecho esencial consiste en que la técnica satisface necesidades —cualesquiera que éstas sean— que el hombre considera importantes para su existencia. Por lo menos para su existencia agradable.

Esta primera afirmación se nos ofrece como axiomática, mas ella sola no basta para explicar el problema. Porque, además, se da el hecho de que la propia técnica «crea» necesidades para el hombre. El individuo siente una

---

(25) Véase J. ORTEGA Y GASSET: *Meditación de la Técnica*. Revista de Occidente. Madrid, 1957.

serie de necesidades que la propia técnica le sugiere. Esto ha ocurrido siempre en alguna medida y no tiene por qué asombrar a nadie. Pero lo que no se ha dado nunca es el fabuloso grado de influencia que hoy ejerce, hasta el punto de que una enorme proporción de las necesidades apremiantes del hombre contemporáneo deben su motivación a la técnica. Y no se trata únicamente de los efectos producidos por la publicidad y propaganda de masas, sino de una premiosa instancia que el desarrollo técnico, en su conjunto, ejerce sobre el hombre.

En estas circunstancias, el hombre es sometido a las instancias múltiples de toda la técnica industrial de nuestros días. Y como el apremio es común en todos los componentes de la sociedad de masas, se producirá un ansia colectiva de adquirir productos técnicos que repercutirán en forma expansiva, sobre la industrialización. Este fenómeno es ayudado por la publicidad, que orienta masivamente la adquisición de determinados productos, los cuales, al ser poseídos por una gran mayoría de individuos, ejercerán tal presión sobre los demás, que se convertirá en obsesión constante de todos el adquirirlos. Obsesión que se ve agravada por la progresiva aparición de nuevos productos, que exigen más capacidad económica y más tiempo libre para disfrutarlos.

Ahora bien: ¿cuál es el resultado de todo ello?, ¿cuáles son las consecuencias que en el orden técnico e industrial acarrea esa sed de productos industriales que siente el hombre moderno? Por lo pronto, yo veo dos hechos claros:

1.º En primer lugar, el progreso técnico se orientará de modo que ahorre esfuerzo al hombre y acelere la elaboración de los productos. Se trata de producir en el menos tiempo posible, con el menor esfuerzo humano posible. La técnica será tanto más perfecta cuanto más acelere la obtención de objetos y cuanto menos requiera la intervención del hombre. Todo el sistema de producción en serie responde a este criterio. Y, en este orden, el avance técnico ha sido extraordinario, multiplicando en forma prodigiosa la capacidad energética de la Humanidad. Gracias a la técnica, se pueden mantener hoy, sobre la tierra, muchos millones de hombres que, sin ella, perecerían irremisiblemente.

Allá por los años 30, Allen Raymond, en un libro titulado *¿Qué es la tecnocracia?* (26), se dedicó a refutar una serie de ideales tecnocráticos, mostrando lo poco coherentes que resultaban. Pero la verdad es que su mismo libro produce una impresión sobrecogedora debido

(26) ALLEN RAYMOND: *¿Qué es la tecnocracia?* Revista de Occidente. Madrid, 1933.

la importancia de los avances técnicos. La tecnocracia, evidentemente, no puede presentarse nunca como forma política de gobierno. Ahora bien, otra cosa muy distinta es la trascendencia del progreso técnico. Cada día son más eficientes las máquinas inventadas por el hombre y cada día la productividad es mayor. El hombre se esfuerza menos para conseguir más. Y esta circunstancia conduce, ineludiblemente, a una situación peculiar.

La gran productividad de las máquinas permite aumentar el tiempo libre de que dispone el hombre. Este hecho crea un nuevo problema: El hombre ha conseguido ahorrarse esfuerzo con la invención técnica y conseguir varias horas de tiempo libre. Todo esto está muy bien. Pero, ahora, ¿qué se hace con el tiempo libre? La cuestión fué también planteada por Ortega, si bien más como interrogante para un estudio posterior que como intento de presentar soluciones o de examinar cuál era la realidad. A nosotros nos viene muy bien este examen, porque es una muestra más de la masificación de nuestra época.

La producción en masa requiere una colaboración masiva de hombres que han de realizar funciones muy semejantes, al menos, por el espíritu que preside el trabajo moderno. Pero con el ahorro de esfuerzo conseguido por la técnica, una parte del día queda libre de trabajo para el individuo. Puede éste hacer lo que le plazca con su tiempo y es aquí, precisamente, donde puede mostrar mejor su propia individualidad y su ser original. ¿Lo hace? ¡Ah!, ésta es la cuestión.

El hombre de la sociedad de masas, presionado por la homogeneización vital que ella impone, sigue también en sus diversiones la corriente general de opinión y no es más que un hombre empujado a la mera actividad del consumidor, quedando, con ello, inmerso en el «conformismo del consumidor normal», como dice Freyer (27). Este aspecto parcial de la sociedad de masas es, a todas luces, trascendental, y en esta ocasión tienen más validez las apreciaciones pesimistas de nuestra sociedad, de seguir las cosas como ahora. Pero esa estupenda planificación de la sociedad industrial nos puede venir aquí como anillo al dedo y, por otra parte, estamos obligados a utilizarla. Es necesario y urgente planificar sistemas para un adecuado empleo del ocio del individuo. El país que primero lo realice en forma satis-

---

(27) HANS FREYER: *La época industrial*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1961; pág. 52.

factoria, conseguirá, sin duda alguna, destacarse en el mundo del futuro, a la par que elevará la condición humana de sus ciudadanos, lo cual lleva a la paradoja de evitar la masificación como producto de la planificación a través de más planificación.

2.º El segundo hecho al que hacía referencia anteriormente es éste: aparte de la celeridad y escaso esfuerzo humano que se pone en la elaboración de los productos industriales, el progreso técnico se orienta hacia la obtención de nuevas cosas, de nuevos objetos, en forma cada vez mayor. La técnica se extiende en múltiples direcciones y surgen cada día nuevas posibilidades de realizar cosas que antes nunca se creyeron factibles. Los aviones a reacción, los cerebros electrónicos y los proyectiles interplanetarios, atraen especialmente la atención. Pero el progreso es igual de constante en la obtención de fertilizantes o en la fabricación de aviones, en la aparición de nuevos sistemas de iluminación o en el descubrimiento de una nueva fibra sintética.

La imaginación humana se desarrolla hasta límites insospechados en busca de aparatos y máquinas extrañas que todo lo resuelvan. Se piensa ya en «máquinas de gobernar» y, de hecho, una serie de funciones complicadísimas son ya realizadas por cerebros electrónicos. En definitiva, técnicamente hablando, *El mundo feliz*, de Aldous Huxley, parece hoy mucho menos improbable de lo que parecieron las novelas de Julio Verne en el siglo pasado.

## 7. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y EL FUTURO HISTÓRICO

Resumiendo un poco todo lo anterior, nos encontramos con que la industrialización, hecho planetario de nuestros días, se debe a una objetivación del progreso técnico de Occidente en el que, a su vez, está implicado todo el despliegue cultural y científico europeo. La técnica ha unificado toda la tierra y muchos filósofos de la Historia ven en ello una secularización del principio cristiano, unificador del mundo por la victoria final de la religión de Cristo, victoria que en el tiempo presente se ha apuntado el espíritu fáustico, como ha señalado Díez del Corral (28).

Pero esta industrialización mundial crea en todas partes unos nuevos patrones de vida y da lugar a una serie de planteamientos que se apartan, evidentemente, de los principios que la originaron. Hay un nuevo estilo de vida,

(28) Véase L. Díez del Corral: *El rapto de Europa*, especialmente el capítulo IX: «Europa, aprendiz de brujo». Madrid, 1954.

una nueva forma de existencia humana, de la que nuestro siglo es la alborada, y cuyo futuro es, como ocurre siempre, incierto. El problema real que se presenta es el estudio de esta época auroral. Empiezan a tener poco sentido las especulaciones sobre el final de Occidente y los cantos románticos sobre una Era histórica que termina. Oswald Spengler no puede, ciertamente, estar de moda. Por el contrario, se impone un estudio de la realidad palpitante del presente, un conocimiento de nuestra época, que ayudará a la profecía histórica. La Sociología viene a ser, en forma creciente, base de la Filosofía de la Historia, mereciendo especial mención en este orden la teoría de Alfred Weber.

Alfred Weber considera que cada cinco o más milenios se producen grandes acontecimientos en la Historia de la Humanidad, los «umbrales de la cultura», que elevan el nivel de toda la existencia humana. El paso de la vida nómada a la sedentaria, de comienzos del Neolítico, fué uno de esos «umbrales». Pues bien, Alfred Weber cree que en nuestra época se ha producido uno de esos acontecimientos, que determinará un nuevo nivel existencial en toda la Humanidad. «La crisis en la cual hoy nos encontramos —dice en la *Historia de la Cultura*— tiene dimensiones muy profundas, ante todo para nosotros los occidentales. Pero, sin embargo, también para el resto del mundo... Parece como si fuese extendiéndose sobre toda la tierra una disolución ideológica, que todo lo pone en cuestión. Este final no se puede comparar con ningún otro fenómeno terminal de cualquier otra época. No se trata tan sólo del final de las posibilidades que hasta ahora habían existido para los hombres señoriales, que empezaron a actuar en el mundo desde mediados del segundo milenio antes de Jesucristo, con la aparición de los pueblos jinetes, y que iniciaron entonces la Historia propiamente dicha. Constituye, además, el final del tipo de las formaciones de altas culturas que, iniciadas desde la época del año 3,500 antes de Cristo, fueron siempre progresivamente en aumento. Y constituye al propio tiempo el final de las culturas de los primitivos y de los semiprimitivos, que todavía habían seguido subsistiendo» (29).

Aceptemos o no la interpretación de Alfred Weber, la verdad es que la industrialización mundial ha creado una nueva situación que exige un estudio sereno y libre de prejuicios. Y si nos encontramos, nada más comenzar el estudio, con la realidad de una sociedad de masas, no debemos pararnos demasiado en suspirar por situaciones que ya han pasado y que son irreversibles. Nuestro deber es, como dice muy bien Freyer, aceptar el presente, puesto que esa aceptación supone la base de todo hacer responsable.

LUIS GONZÁLEZ SEARA

---

(29) ALFRED WEBER: *Historia de la Cultura*. F. C. E., Méjico, 1948; págs. 341-342.

## R É S U M É

L'auteur examine dans cet article les implications que présente à notre époque la massification et l'industrialisation en partant du principe que le mot "masse" ne doit pas se prendre dans le sens quantitatif de multitude, mais dans le sens qualitatif de personne identifié avec le terme moyen commun des gens d'une société déterminée.

Les différences entre masse et multitude s'expriment clairement quand on analyse les caractéristiques essentielles des deux concepts et que l'on passe ensuite aux relations de la masse avec le système industriel de nos jours. Ce système est un résultat de la culture occidentale et a été possible à l'existence de quelques groupes d'hommes affectés par la massification. Le progrès technique non seulement a agrandi le répertoire des possibilités vitales de l'homme, mais encore il a uniformisé la mode de vie des hommes de très diverses latitudes dans une série d'aspects. Cette technique vient satisfaire une série de besoins de l'homme mais dans une grande mesure, la technique même crée des besoins à l'homme. Cela arrive tout particulièrement dans la société de masses, et cela à cause de la grande propagande et de la publicité que permettent les moyens de communications modernes.

De cette façon le progrès technique, l'industrialisation et la massification s'impliquent au point de se trouver dans l'impossibilité de séparer l'un de ces facteurs des trois autres. Cela oblige à reconsidérer les estimations tout à fait négatives que l'on a fait de la société de masses pour examiner objectivement quelle est la nouvelle situation à laquelle l'homme d'aujourd'hui doit faire face.

Très probablement, comme le prétend Alfred Weber, nous nous trouverons devant un de ces phénomènes qu'il nomme "seuils de la culture" qui élèvent le niveau de vie de toute l'existence humaine et ce phénomène se doit à l'extension, à l'échelle mondiale, du système industriel de l'Occident, qui, à son tour, est possible grâce à la société de masses.

## SUMMARY

In this article the author examines the implications which are given in our time by massification and industrialization, based on the principle that the word "mass" should not be understood as a quantitative sense of multitude, but should be taken as a qualitative sense of the person identified with the common average of the people of a given society.

The differences between mass and multitude are clearly shown by analyzing the essential features of the two concepts and by going on later to the relations of the mass with the industrial system of our days. This system is a result of Western culture and has been made possible by the existence of groups of men affected by massification. Technical progress has not only made a much wider repertory of vital possibilities for man, but, has also made the way of living of men from very different latitudes more uniform in many aspects. This technique tends to satisfy a series of man's necessities but, to a large extent, this very technique creates necessities for man. This happens particularly in the society of masses, owing to the large amount of propaganda and publicity that modern means of communication now permit.

In this way, technical progress, industrialization and massification become so implicated that it is impossible to separate any of these factors from the other three. This forces one to reconsider the totally negative valuations that have been made regarding the society of masses, and to examine more objectively which is the new situation to be faced by the man of today.

Very probably, as Alfred Weber says, we shall be before one of those phenomena that he calls "thresholds of culture", which raises the standard of living of the whole human existence and this phenomenon is due to the extension, on a world-wide scale, of the Western industrial system, which, in its turn, is made possible by the society of masses.